





La vuelta al orbe
en siete dioses



Jorge Gaspar Guerra

La vuelta al orbe
en siete dioses





Primera edición: mayo de 2017

©Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

©Jorge Gaspar Guerra

©La vuelta al orbe en siete dioses

ISBN: 978-84-16824-34-2

ISBN digital: 978-84-16824-35-9

Depósito legal: M-11863-2017

Editorial Adarve

C/ Marcenado 14

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España



A Vanessa
Mi ancla, mis alas, mi centro



I. PEQUEÑAS RUINAS



LA CRIN DE LAS POTENCIAS

*Abora que tus cabellos han venido a significar
La loca luz humana bajo mi lámpara
(...)*

Tú te burlas. Oh mi bien amada

RENÉ MENARD

Nada presagia a los pequeños acontecimientos. Pero como sucede a menudo, crecen y se vuelven importantes sin motivo aparente.

Una mañana, mientras me rasuraba, hizo su primera aparición ante el espejo. Asomé la punta entre los pétalos de una espinilla. Lo palpé bajo la incipiente papada: gordo y filoso como una blasfemia mal dicha. El pelo atravesaba mi piel y la volvía tan sensible que tuve que dejarlo rodeado por un círculo de barba virginal.

Un día después tenía el tamaño de una punta de lápiz y mi dedo índice se empeñaba en tocarlo y doblarlo, a pesar del dolor que me producía.

Al tercer día me decidí a decapitarlo y le acerqué la rasuradora eléctrica. A la primera arremetida resbaló debajo de las cuchillas; luego intenté atacarlo a contrapelo, pero chirrió y se mantuvo. No pude contener ni lágrimas ni gemidos, así que esperé a que disminuyera el dolor y aventuré una última embestida. Se oyó un chirrido y el aparato se detuvo, atorado bajo mi barbilla. Por más que tiraba no podía despegarlo.

Tras mis gritos vino Desdémona. Se acercó solícita, la cabellera impenetrable y los ojos asombrados. Sin hacer preguntas desbarató la cabeza de la rasuradora. Cuando por fin pudo retirarla, me di cuenta que se burlaba de mí. Quise decírselo, pero no hallé su sonrisa para apoyar mi afirmación. Su rostro se desvanecía tras una mirada pastosa.

El pelo se dobló un poco, pero salió ileso. Siguió creciendo.

Esa noche soñé que caminaba bajo la pesada fronda de un árbol. Alrededor del tronco, una multitud se alineaba con los brazos extendidos y la intención de mostrarme que la circunferencia era incontenible. Innumerables ramas caían como serpientes hasta casi tocar el suelo; de todas colgaban frutos color hueso. Mordí uno: sabía a tierra.

Desde entonces me fue imposible distinguir los rostros, pero las personas se convirtieron en propósitos. Me bastaba mirar a cualquiera para sentir sus intenciones y sus más involuntarios pensamientos.

Sólo Desdémona seguía hermética, inalcanzable. Sus silencios eran cada vez más largos y su sonrisa más difusa. Cuando intentaba hablar con ella me quedaba un sabor metálico en la boca. Había algo oculto en sus atenciones.

Empecé a acecharla. Algunas veces, al regresar del trabajo, la sorprendía realizando sus quehaceres. Si la observaba con discreción, de forma que no lo advirtiera, comenzaba a descuidar sus intenciones, pero inmediatamente se sobresaltaba y movía los ojos con urgencia hasta encontrarme. Entonces volvía a hacerse impenetrable.

La situación empeoraba en el trabajo. El pelo alcanzó los tres centímetros e incitaba una notoriedad incómoda. Intenté cortarlo con una navaja pero fue imposible: hubiera sido más fácil cortar un cable. Ni siquiera me quedaba el placer de acariciarlo, pues el dolor se volvía insoportable.

Fue entonces cuando me di cuenta. Llegué temprano del trabajo y —como hacía últimamente— entré sin hacer ruido. Desdémona estaba vuelta de espaldas, mirando por la ventana. Su cabello brillaba a contraluz; tenía la mirada distante y la sonrisa desatinada. No me escuchó. De inmediato supe que planeaba abandonarme: lo vi con la misma claridad con que miré su rostro escondido tras su nuca.

No se iría sola.

Me enfurecí y la maté y la cubrí con una bolsa de plástico. La arrojé dentro del armario y, justo antes de cerrarlo, columbré su mirada invisible y la sonrisa desmoronada. Sé que tardarán en encontrarla.

Un cirujano me extirpó el pelo hasta la raíz, que resultó enorme y atravesaba la piel hasta el interior de la boca. Me quedó un orificio húmedo, de bordes sonrosados, que debo tapar con la lengua para evitar que mi saliva escurra por el cuello.

Ahora nadie me conoce. Los rostros son sólo rostros y ocultan las intenciones. Algunas veces sueño que camino bajo la fronda de un gran árbol; sus ramas se extienden como serpientes y de cada una cuelga un fruto color hueso.

Pero siempre están fuera de mi alcance.



LA MONEDA

Dirás que estoy borracho, Lucía, pero no. Aunque ya sé que no me vas a creer nada de lo que te diga, espérame tantito: esto que te voy a contar me pasó de veras y entonces no había tomado ni gota. Nomás te pido que me oigas sin interrumpirme, pues ya sé que estas cosas te impacientan. Porque a nadie más se lo voy a contar y tú sabes escuchar cuando tienes ganas. Fue el sábado, cuando murió Vladimir. Claro que yo no estaba ni siquiera un poco triste, aunque eso ya lo sabes, pero no deja uno de sentir que le aprietan la respiración, o el pecho o la garganta, y uno dice que no importa pero de todos modos se siente uno culpable pues al fin y al cabo éramos más que conocidos. Aunque en el fondo él tuvo la culpa de todo (en paz descanse). Pero no te voltees para otro lado porque no es eso lo que te quiero contar.

Iba pensando en Vladimir cuando pasé entre un montón de gente. No sé si choqué con alguien, o me chocaron, pero de repente se me cayó una moneda. Tampoco supe si me agaché por ella, si la devolví o se quedó en el piso, porque me quedé ahí parado, sin poder moverme de un miedo que me entró sin saber de qué, un miedo tan grande que me llenó de frío, aunque como te digo hacía mucho sol, y luego otra vez la opresión en el pecho pero más fuerte y yo sin darme cuenta de nada hasta que regresé a la casa, me senté en el sillón para pensar «qué-será-todo-esto», y a darle vueltas y vueltas para tratar de entenderlo. Pero no te vayas a burlar y pon atención, porque ahora que te lo cuento se me aclaran las ideas y esto de los vislumbres es como los grandes sueños, que si no los cuentas se te olvidan, o después, aunque te acuerdes, se arrepierten y se te deshacen entre los dedos.

Creo que todo empezó cuando brincó la moneda. De eso me acuerdo muy bien. Voló hacia un lado, dando vueltas en el aire. Era una moneda de

a peso, le vi clarito el grabado y el N\$ y el águila y luego el uno grandote y luego otra vez el águila, todo dentro de ese círculo amarillo que tienen en medio; pero en una de las vueltas reflejó el sol, brilló tanto que se le desparrramaron los signos y la luz me hizo dejar de verla hasta que casi estaba en el suelo. Pero entonces ya estaba descolorida, como si hubiera soltado todo el brillo. Creo que yo estaba pensando en eso cuando cayó al piso. Sonó a tepalcate, pero en aquel momento me pareció que se oía como campana rajada. Y si ahora me acuerdo del doblar de muertos, entonces pensé en aquella vez que estábamos haciendo el amor y todo iba muy bien hasta que gritaste y la voz te salió quebrada porque estabas enferma de la garganta, y nos dio tanta risa que ya no pudimos seguir, pero después decías que el grito había sonado a campana rajada, y aunque ahora que nos acordamos nos carcajearíamos si pudiéramos, no sé por qué cuando la moneda rebotó y vi que se levantaba otra vez brillando y dando vueltas, me entró ese miedo que te acabo de contar, que me dejó parado, sin poder pensar en nada. Lo último que supe es que se iba rodando y creo que me agaché a por ella, pero ya no recuerdo lo demás, o tal vez ya no me importaba.

*

Quisiera saber por qué me impresionó tanto ver la moneda como muerta, pegando en el piso y saliendo otra vez para arriba, otra vez brillando, como si nunca hubiera pasado nada. Tal vez lo extraño es que haya rebotado, aunque lo más normal es que una moneda rebote al golpear el piso y que al golpear suene como a metal podrido, o a lo mejor lo que me da miedo es que las cosas no son nunca como parecen. Tal vez la moneda no volvió a salir del suelo, o la elevó la costumbre, o el hecho que yo y cualquier otro hubiéramos deseado que se elevara por la única razón de que siempre lo hacen así. Pero si las cosas son como nosotros o alguien más quiere, tal vez la moneda sigue sembrada en donde tocó tierra y no hubo ningún sonido, o aquella vez gritaste como siempre y seguimos haciendo el amor hasta reventarnos, o Vladimir está vivo y sintiendo el mismo rencor y tú sigues con las mismas ganas de nunca haberlo abandonado, en lugar de apretar los labios como ahora, esforzándote por hacerme creer que no te duele que esté muerto y que no te alegra que todo se haya ido al carajo.

EL VISITANTE

Cuando no hubo ningún cubierto, ningún ornamento fuera del lugar preciso, Berenice decidió que era hora de arreglarse. Como se había tomado su tiempo y todo estaba resultando mejor de lo planeado, pensó que valía la pena permitirse algunos excesos durante el baño. Con cierta culpa escamoteó las sales relegadas al baúl de los misterios inconfesables, preparó cuidadosamente el agua hasta que tuvo la temperatura exacta de su cuerpo y dejó que un chorrillo de agua humeante repusiera el calor perdido hacia el ambiente. Luego inició el lento resbalar de las ropas por sus hombros en tanto levantaba los brazos flácidos y, con pequeños movimientos de las caderas, empujaba la tela hasta hacerla caer a sus pies. Con suavidad rayana en ligereza acarició la piel de los muslos, el decaído abdomen, los marchitos senos; se sintió leve, fascinadora como nunca pero virginal como siempre. Entró a la tina deslizándose por la orilla, serpiente rebosante de piel ajada; pequeños espasmos la encrespaban hasta que se dejó llevar por el entumecimiento del agua disoluta. Festejó la tregua, el calor sin recovecos, el inevitable frotar de los muslos liberación de todas las convenciones. Deshizo la unidad de la bañera con un portentoso chorro de orina que se llevó los últimos remordimientos. Luego dejó que el oleaje la deshiciera y la arrastrara lo más lejos posible de la orilla.

*

Había pasado el último año concentrada en un luto riguroso, sin permitirse pensar. Buscaba ocupaciones para creer que la muerte de Ella no dolía, pero era imposible olvidar que antes la había matado, aunque fuera sólo con el pensamiento, y estaba segura de que eso la haría sentirse desgraciada. Pero no ahora, no ahora, porque no podía

evitar la virtud cuando Ella aún vivía, y ser virtuosa era como estar en misa, encajándose el piso en las rodillas, mirando con la orilla de los ojos a las cristianas verdaderas, las que rogaban sin fingimientos ni falsedades, henchidas de devoción y rezos voladores mientras Berenice se doblaba con el peso de arrepentimientos que no sentía, pero que lograban hacer más grandes sus pecados. Pero no ahora, no ahora que era posible dejar de someterse, dejar de fingir que nada importaba sino Ella y la devoción, la devoción y Ella, deslizándose los rosarios con el ardor en otra parte y apresurándose a cumplir todas sus expectativas, pendiente del mínimo arquearse de sus cejas, sabiéndola perfecta, amorosa, y temiendo que algún día descubriera sus anhelos, el hartazgo de una situación irremediable.

*

Al abrir los ojos sintió frío. Escuchó el chorrillo de agua helada y se levantó temblando para cerrar la llave. Recordó que esperaba a alguien, y esa espera era más importante. Se secó rápidamente y al terminar pasó otra toalla por su cara, luego más suavemente por el cuello, los hombros, varias veces las axilas, y se supo tibia, delicada, absuelta y libre de recuerdos. Se imaginó con veinte años menos y sin los terrores de entonces, pero no pudo entender tanto desperdicio. El arreglo le llevó más de media hora y al terminar buscó el mejor lugar y la posición más adecuada para esperar a que él entrara, pero recordó que de todos modos tendría que levantarse a recibirlo. Se entretuvo volviendo a alinear los cuadros, las carpetas, las difusas flores de porcelana, hasta que creyó oír unos golpes en la puerta.

*

No pudo evitar saberse culpable cuando Ella murió. Luego del primer chispazo de alivio y los súbitos planes apenas esbozados, sintió que el dolor le reventaba los ojos. No supo más hasta que la enterraron. Decidió que un voto de silencio, la asistencia a dos misas diarias y una actividad desorbitada durante un año serían purga suficiente. Todo lo cumplió con minuciosa insensatez. Un día después de terminar el plazo se revisaba el peinado frente al espejo de la sala, y se dirigía a abrir la puerta.

*

No recuerda casi nada desde que él entró. «Hola, ¿cómo estás?, pásate siéntate, sí, hace calor, mucho calor, y en la noche es terrible, terrible». Berenice ha estado nerviosa, no sabe si se ha comportado correctamente. Se refugia en la cocina con el pretexto de las bebidas. No recuerda su rostro, ni su mirada, sólo le parece que él es enorme y tiene maneras mesuradas. Berenice se agacha y se apoya en las rodillas para aplastar los espasmos que le suben del vientre.

*

Siempre la quiso tanto que permaneció con Ella, cuidándola y temiéndola: se había hecho a la idea de que era para siempre. Pero cuando empezó la enfermedad, las preocupaciones se le volvieron esperanzas, y las esperanzas impaciencia. Fue entonces cuando empezaste a imaginar la forma en que moriría. Y encontraste muertes suaves, indoloras, hermosas hasta la ignominia, y la soñaste tendida, amorosamente amortajada, con las canas hundidas entre almohadas, lozana como recién nacida pero con la piel tan fría que no dejaba lugar a dudas y entonces despertabas con miedo de que lo hubieras logrado y te arrojabas esperanzada hacia su cuarto, pero la oías respirar limpiamente y te quedabas parada, desencajada en la tiniebla, sin atreverte a prender la luz ni regresar a tu cama, y pensabas que más valdría que te murieras tú, arpía de setecientas uñas y no Ella, no Ella, la bondadosa la inefable. Y redoblabas los cuidados por cuarenta días.

*

Cuando sale de la cocina, no se atreve a mirarlo. Sirve las bebidas con los ojos bajos, siente que él se levanta, que la toma de la mano y pasa el brazo por su espalda. Berenice no sabe si gritar, rechazarlo o desmayarse, pero cierra los ojos desmesuradamente y lo abraza en un impulso exasperado, lo sigue, se deja llevar dando vueltas por la sala y se entera de que están bailando, aunque lo único que escucha es el repicar de sus tacones en el piso. Y tiembla y se pega a su cuerpo para que arrecie el vértigo, lo aprieta con la cálida conciencia de que la llevará a su cuarto, la reclinará sin aspavientos, la cercará en silencio para quitar los siete sellos de su piel y para que ya no importen las arrugas, ni los labios estériles, ni el pudor devastado a fuerza de deseos. Y lo sentirá encima con todo su peso pero sin doblegarla, y dejará atrás sus veinte cincuenta cien años de

resquemores para desnudarlo con las uñas y dejarse morder, estrujarlo hasta sentir su carne dentro de la suya, para agradecerle el suplicio el dolor desfalleciente, y amarlo en extravío hasta que salga el grito que le ciega la garganta, las cavernas de su cuerpo y el sexo irremediable aunque ahora pleno.

*

Y levantas los párpados, Berenice: el cuarto sigue girando, escuchas el galope de tus pies, el sudor te angustia los ojos y miras al espejo, miras la cabeza blanca recargada sobre tu hombro, respiras su aroma sumergido, encuentras la joroba conocida, tus manos en la espalda del vestido verde de tu madre pero luego las paredes se precipitan, el retablo, sagrado corazón mesa dispuesta, cristalero hecho pedazos y esa vuelta que ya dura demasiado, palma porcelanas y otra vez al fin el ancla del espejo, devolviendo tu quijada en derrumbe, tus arrugas encarnizadas, la pintura negra que se desborda de los ojos y tus brazos huecos, retorcidos, apretando sólo tus jadeos y arrastrándote a las vetas del granito que te envuelve en su aterido seno.

CHOQUE

A Erik

Le pegó arribita del estómago, ahí donde le había dicho su hermano, el que sabía de todo; pero sintió duro y le rebotó la mano. El otro nada más se agachó, dijo «uf», se hizo un poquito para atrás y se le dejó ir con un puñetazo y una patada. El puñetazo le pasó junto a la oreja y la patada apenas la vio de reojo, porque ya iba descorchado corriendo hacia el salón. Pasó entre los árboles y vio que el otro se acercaba. Cruzó un círculo de niños, empezó a sentir los pasos pegaditos a él, giró bruscamente y le tumbó la gelatina a una niña. Pensó que el salón estaría vacío y no le daría ningún refugio, así que se dirigió a la Dirección. Se adelantó un poco al dar vuelta en el corredor, bajó las escaleras y brincó sobre un niño sentado. Volteó para mirar todo lo que había saltado.

Cuando giró la cabeza hacia el frente, se le oscureció la carrera. Todo negro y luego gris oscuro con pelusas blancas, un botón negro en la frente, el ojo y la boca aplastados. El sonido hueco del golpe le recordó a aquella guayaba del tamaño de su mano, cuando tuvo que dejarla caer en el bote de basura, obligado por la maestra Rocío. Era hora de clase y tenía la guayaba escondida bajo el mesabanco, pero Taquechi el gordo le dijo a la maestra: «mire maestra está comiendo» y ella lo regañó y le ordenó que la tirara. Él contestó que no, que ya no iba a comer en clase; ella repitió que la tirara. Fue la única vez que ella le gritó y él sintió mucha tristeza. Se dirigió al frente con la guayaba mordida y la soltó en el bote vacío que sonó a tambor hueco. Los demás se rieron. A él se le salieron las lágrimas.

*

Ahora sonaba igual y él salía rebotado, sintiendo el sabor de las pelusas en la boca. Le llegó ese olor a perfume y se dio cuenta de que era la maestra Rocío. Miró hacia arriba mientras ella subía los brazos despacito, con los ojos que se cerraban y engarruñaban para volverse a abrir mientras el pelo se levantaba como una sábana negra.

*

Ella alcanza a tomarlo del chaleco. Él queda con la cabeza echada hacia atrás, justo cuando el que lo persigue pasa corriendo, como si fuera a otro lado. Ella le jala aún más del chaleco y dice «cuidado» y él empieza a levantarse hasta estar vertical de nuevo. El impulso lo regresa al suéter gris con pelusas blancas, pero ahora no es un golpe sino un abrazo y ella lo aprieta mientras le pregunta «¿te lastimaste?» y él queda con la mejilla aplastada contra su pecho. Huele otra vez el perfume, la abraza de la cintura, aprieta aún más la cara contra el pecho y se queda así, sin moverse, con los ojos cerrados.

Hasta que ella lo separa y empuja con firmeza para que la suelte. Él abre los ojos y se da cuenta de que está en el corredor, con maestras y niños mirándolos, algunos riendo. Ella le pasa la mano por el pelo y él está contento aunque se le salen las lágrimas, como la vez de la guayaba, cuando le gritó. Pero ahora le pregunta quedito te «¿lastimaste?» y él niega con la cabeza y la vuelve a perdonar, porque ya la había perdonado antes cuando salió al recreo, recogió su guayaba de la basura y la enjuagó para comérsela.

Ella le limpia las lágrimas con los pulgares. Él sonríe. Seguirá recordando la mejilla contra su pecho.

SALÓN DE ENTRETENIMIENTO

María me miró sin saber a qué atenerse. Le pedí que se levantara y me dejara solo. Siempre lo hago cuando me hace enojar. Disfruto con su mirada de orgullo herido, de pájaro encerrado. Me di la vuelta para no verla. Saboreé el efecto de mis palabras. Esperé un rato y me levanté; supuse que ella estaría boca arriba, con las greñas deshaciéndole la frente, la humedad en las sienes —debido a sus muchos dolores— y los ojos refugiados en el techo descascarado. En esos momentos siento que me odia casi tanto como yo a ella. Pero no la odio. Sólo me resulta completamente insoportable.

Luego fui y me encerré en el baño. Encerrarse es un decir, pues sólo un plástico me separa del cuarto. Diría la recámara, pero también es sala, comedor, cocina, lavabo, basurero y, desde hace dos semanas, salón de entretenimiento. Todo en uno y, además, un pequeño anexo que es este excusado donde me siento a recriminarme y a hacerle muecas a mi estreñimiento. ¿Por qué soy así contigo? ¿Por qué te lo repito una y otra vez? No sirves para nada, no sé cómo te aguanto, a ver si por fin te mueres y me dejas en paz. ¿Por qué nunca me contestas? Ni siquiera cuando realmente quiero lastimarte: corre y tráeme aquello, por qué no haces un esfuerzo y te me largas, necesitas ejercicio, levántate y anda. ¿Qué haría si alguna vez me contestaras? Si alguna vez pelaras tus dientes amarillos, de encías hundidas y sangrantes, si me dijeras con esos chillidos trepanadores con los que espantas el dolor: *vete mucho a la chingada hijo de tu reputa madre*. No sabes cómo lo espero, pero no me lo dices, no me lo dirás. Ni cuando te sacudo y te digo que me tienes harto pinche-paralítica-de-mierda. O cuando mi urgencia sobrepasa a tus hedores y abro camino entre las sábanas para desahogarme en tres o cuatro arremetidas, aguantando la respiración para dominar la náusea que me aparta rápi-

damente mientras te miro de reojo. Ni entonces, aunque esculco en tus ojos para ver si sorprendo un amago de rabia o de odio o de ganas de escupirme. Si viera eso a lo mejor te dejaría en paz, te ganarías un poco de indiferencia y yo haría de mejor manera lo que de todos modos hago de la peor forma: limpiarte muy de vez en vez, darte comida, llevarte al baño, ponerte en tu silla junto a la ventana. Pero no, siempre encuentro tu mirada de santa, de perra apaleada, de perdónalo señor y es entonces cuando estoy seguro de que quiero matarte, algún día, cuando me decida y me convenza de que no te necesito.

Después me digo que debería castigarme por cada golpe, por cada maltrato, por abusar de una tullida sin defensa. Pero es daño entre iguales. Yo estoy tullido del ánimo y las marcas en mis muñecas lo prueban: lo más memorable que he logrado es cortarme las venas, atiborrarme con diazepanes, balancearme en la orilla hasta que el tren ruge en mi nariz y pasa de largo. Pero eso fue hace treinta años. Ahora no tengo ni la decencia de armar otro numerito. No necesito matarme para estar muerto.

Mis tripas se retuercen y gruñen. Yo aprieto y empujo hasta que algo se destapa en este parto de intestinos. Me quito un peso de encima y se reduce el dolor en el costado. Hago un esfuerzo. Si sale algo más a lo mejor logro dormir unas horas.

Escucho rechinar la cama, oigo el roce de las cobijas, tu respiración entrecortada por el esfuerzo. Sé que has empezado a arrastrarte hacia el televisor para prenderlo. Quisiera pararme y ver cómo te balanceas en el borde de la cama, cómo tus manos golpean el suelo y luego suben tus piernas descubiertas, negras de mugre y rígidas, hasta alcanzar casi la vertical, cómo bajan en un clavado mientras reptas entre la basura y los bultos, sin dejar escapar ni un gemido, sólo respirando cada vez más fuerte hasta que el fuelle de tus pulmones ahoga el clic del botón de encendido y tus jadeos a su vez se pierden entre las voces atipladas de la telenovela que ya no te puedes perder. Me hubiera gustado verte, como lo hago casi a diario desde que encontré el televisor y me lo traje. Te lo puse en el rincón más alejado para disfrutar de la otra función, la que me impulsa a levantarme del colchón roto y pringoso y evita que me quede como lo hacía apenas hace tres semanas: tirado como un tullido que rumia suicidios imposibles.

Mi obsesión con el suicidio viene desde siempre: el cuchillo bajo la almohada a los seis o siete, arrullado por la escena de mi cuerpo desangrado y el pequeño desquite de una parentela desconsolada para siempre; o los sueños recurrentes de una larga caída que siempre acababa entre piedras y una paz que desmentía el despertar entre sudores; después la sucesión de recuerdos informes con cortes torpes en las muñecas, pastillas finalmente vomitadas, las camas duras de hospital y los intentos de huida tan inútiles como los psiquiatras ante los que me negué a soltar palabra.

De repente me levanto, me subo los colgajos de pantalones y me enfurezco. Me decido. No puedo con todo junto. No puedo con la hinchazón de los intestinos, ni con los recuerdos a los que vuelvo de manera estúpida una y vez otra más, ni con la idea de otro día limpiándote la mugre sólo para alimentar un odio que ya no disfruto. No quiero.

*

Así que me levanto con el estómago encogido y un dolor en la pierna, donde el borde roto del excusado me ha dejado una marca; me quedo inclinado con las manos en las caderas hasta que el dolor de los intestinos recién vaciados se reduce un poco, y sé que aunque no tienes la culpa de nada eres el remedio a todo lo que me pasa, porque intento disculparte y sentir pena por ti, María, llena eres de gracias porque cuando te vayas todo será lo mismo, pero tendré el alivio de no sentirte acurrucada, dolorida-pegada a mí sin remedio, aunque salga y busque estar lejos y vea tus ojos de perra siguiéndome a todos lados como la muerte que te acecha entre los resortes filosos del colchón en el que sigues esperando que sea yo quien nos libere a los dos de tu húmeda y chorreante frente que se da de topes con los gritos que te amarran a una vida que en el fondo no quieres. Como tampoco yo soporto y muevo la cortina apenas un poco para mirarte con la vista perdida en la pantalla que te calma un rato los dolores y casi sonrías y vuelves los ojos a un lado y a otro como en éxtasis como si hubiera algún disfrute en ese infierno al que ya no te aferras y sé que no hay después ni otro momento y camino hacia la cama. Tú haces como que no me has visto y como si no tuvieras ni idea y es entonces cuando me doy cuenta de que todo este tiempo me has rogado que me decida y esperas que yo haga la cura definitiva, pues esa indiferencia es la que te hace cómplice y logra que yo pierda el disimulo y busque debajo de la almohada el cuchillo que siempre te

ha estado esperando y que ahora no encuentro porque seguramente se ha caído, pero no puedo perder más tiempo porque puede ser que te arrepientas y sé que mis manos son suficientes. Brinco hacia ti y monto a horcajadas sobre el trapo informe en el que te has convertido y pongo mis manos sobre tu cuello y empiezo a apretar y siento la piel flácida que se pliega y los músculos que se tensan y la tráquea que tiembla bajo mis dedos y abres los ojos tanto que amenazan con salirse de las órbitas y se inyectan. Siento miedo mientras te revuelves y buscas aire con un gemido apagado y tu brazo lucha bajo mi rodilla como si estuvieras en los últimos estertores y de repente jalas con fuerza impensable y mi pierna cede para ver tu mano levantarse con el cuchillo que rápidamente pierdo de vista mientras siento un golpe en mi garganta, que no es golpe sino herida que salpica sangre y que ya es un chorro que intento tapar con mis manos que no acaban de despegarse de tu cuello que desaparece tras tu boca manchada de rojo en la que ondean una risa sin dientes y un aullido que es casi carcajada y los ojos triunfantes ya desbordados que pierdo de vista para desplomarme con un graznido.

II. TRANSCRIPCIONES

